

CAMBIO RAPIDO Y GRATUITO DE NEUMATICOS

Firestone

MANUEL REY

BETANZOS: EL FERROL:
Magdalena, 8 Av. Generalísimo, 209

La Voz de Galicia

OFICINAS, REDACCION Y TALLERES: CONCEPCION ARENAL, 9, 11 y 13 (CUATRO CAMINOS)
DIRECCION TELEGRAFICA: VOZ. TELEFONOS: 230440 - 230441 - 230442 - 232414 y 234040

TALLERES DE ARTES GRAFICAS

IMPRESOS Y FOTOGRAFADOS DE BUENA CALIDAD

Avda. Rubine, 31 - LA CORUÑA

Cabos Sueltos

F. PILLADO

1

El último y más potente cartucho dialéctico de los partidarios vergonzantes de la discriminación racial consiste en una pregunta:

—¿Le gustaría a usted que su hija se casara con un negro? Y planteada así la cuestión estiman que han apabullado sin remedio al adversario. Porque al adversario no le gustaría, en principio, que su hija se casara con un individuo de color.

La trampa, la simplicidad, la cortadad mental que se cuelean en el argumento son tan patentes que resulta innecesario subrayarlo.

Ya en el terreno de los hechos cabe recordar que en los países en donde no existe discriminación racial la gente se casa con quien le viene en gana. A nadie le imponen, normalmente, su pareja.

2

Viene esto a colación porque justamente ocurre lo contrario en los países en donde la diferencia racial se impone con mano de hierro y no respeta siquiera las decisiones privadas y más íntimas de la población.

Ejemplo máximo lo constituye África del Sur con su «apartheid» y su amplio repertorio de medidas discriminatorias.

Si la pregunta aludida al principio carece en absoluto de validez o de justificación, si sirve como ejemplo bien demostrativo la situación en las zonas donde impera la rígida separación racial.

3

En África del Sur un blanco no puede contraer matrimonio con una negra. Ni siquiera está permitida una relación circunstancial.

Un blanco —es decir, un sujeto de la clase señorial, privilegiada— que sea sorprendido con una negra en lugar reservado puede ser condenado a cinco años de cárcel.

Así, como suena. Aunque después la rígida norma puede infringirse por vía suciamente mercenaria. La cosificación de las muchachas de color permite abusos sin cuento.

Vale decir, pues, que el rigor de la legislación apunta a relaciones con presunción de continuidad.

4

Bien es sabido que en circunstancias de tensión los individuos se disparan, frecuentemente, hacia los extremos. O bien hacia lo abyecto o bien hacia lo sublime.

Las situaciones límite ponen al hombre a prueba. En una revista italiana leo los detalles del idilio entre un joven inglés, residente en África del Sur, y una muchacha sudafricana. Ambos tuvieron que pasar por persecuciones y humillaciones sin cuento para mantener incólume su relación amorosa. Al fin, se vieron obligados a huir a Tanzania, en donde contrajeron matrimonio, y en donde, según el cronista, si no comen perdices viven felices.

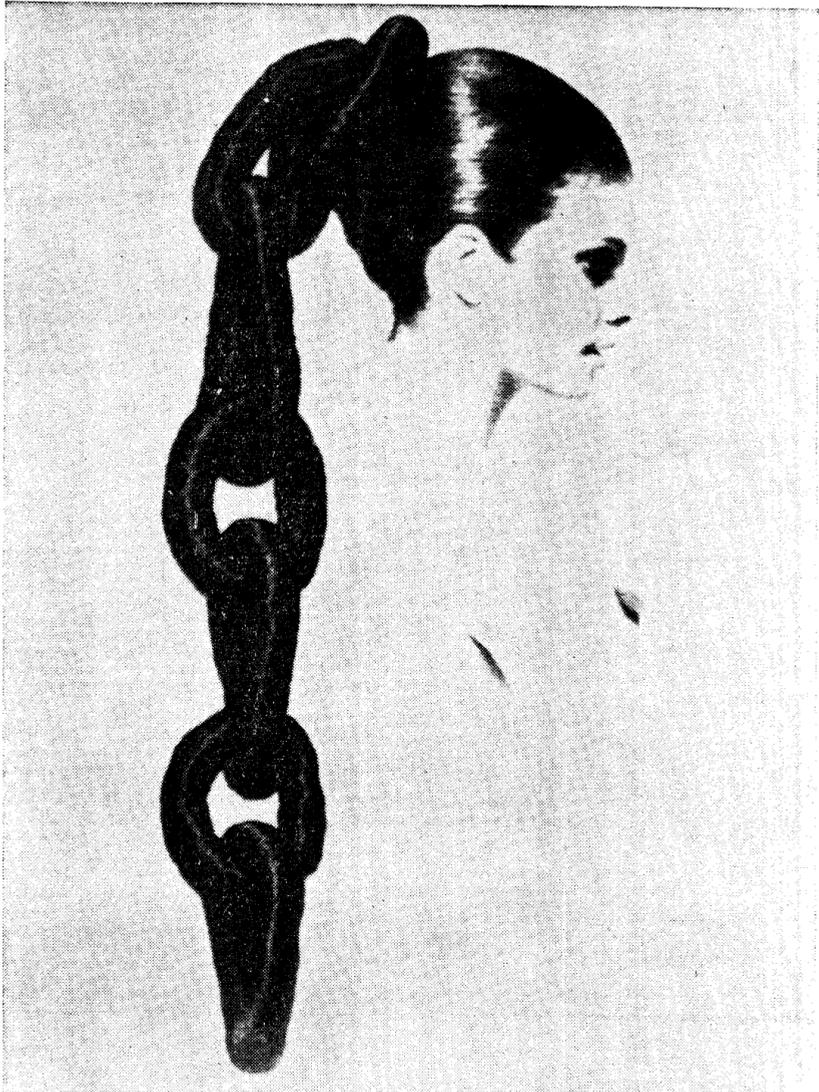
5

En la misma publicación se ilustra, con fotos incluidas, el caso de un matrimonio, también de África del Sur, que por no tener hijos decidió proibir a un niño que apareció abandonado en una calle de Ciudad del Cabo.

El aspecto de la criatura era normal, en principio, para los rígidos observadores raciales de Sudafrica. Más tarde se descubrió mixtura en su sangre. Y ahí comenzaron las desdichas del niño y de sus padres adoptivos. Estos se vieron en la alternativa de enviarlo a un orfanato sospechoso, con todo lo que esto significa, o, de hecho, abandonarlo.

El niño y la humanidad también hallaron en este caso un «Happy end». El matrimonio y el niño viven ahora en Londres, lejos de la brutalidad que hería sus más puros sentimientos.

LA VARIANTE UNIVERSAL



UNO sospecha que tiene que haber algo más que un capricho en todo este aparente juego, aunque esas apariencias nos desvían de la médula del motivo, hurtándonos los mejores datos para más profundas y desde luego difíciles explicaciones. Estamos viendo que todo es lícito dentro del arte que la mujer se saca de la manga, de la cintura o de la cabeza, como en este caso, para —en opinión de ellas—, gustar más. Uno no dice nada; comenta respetuosa y desde luego indocumentadamente, pero volviendo la vista a las facheas del siglo XVIII o XVII, sale del cómodo neutralismo y rompe, si no una lanza, sí una flecha en favor del motivo. Esto es algo así como una ciencia que tiene más preguntas que respuestas; una tendencia que domina «por que sí», y a la que sólo hace falta acostumbrarse para acabar considerándola aceptable, por muy polarizada que esté de otras ideas limitadas a ser habitación para encierro de las termitas del prejuicio, descalificado por una aceptación que si no alcanza la categoría de universal, sí la de femenina, que casi equivale a lo mismo.

Ya sé lo fácil y cerca que está el socorrido chiste de los cabellos largos y las ideas cortas, y también aquello de ahorcarse en una trenza. Allí el que así piense, que piensa mal y perderá su tiempo, más que el que pueda tardar la joven en encadenar su cabello, que no será poco.

A lo mejor esa cadena ata a alguien, y resulta que, desde ese momento en adelante, se impone la reconsideración de muchas cosas en un principio criticadas negativamente, al no haber la más o menos temida «condena». — M. A. T.

de SOL a SOL

EL PAVIMENTO, SE HUNDE

EN la carretera de Arteijo, a dos pasos como quien dice del centro de la ciudad; a la altura del Cuartel de la Guardia Civil, se ha hundido el pavimento. Es lo que pasa cuando el volumen del rodaje es muy superior al firme que debe soportarlo; o también es lo que pasa cuando la vía lleva en servicio, sin remiendo alguno, desde hace no sabe cuanto tiempo.

Allí se ha hundido el pavimento y así sigue, como si la cosa no tuviera mayor importancia. Ocurrió hace unos días y el vecindario presenta sus quejas. Claro está que en La Coruña hay tantas obras en marcha que o bien duran tanto porque son muchas o tal vez porque siendo muchas no tienen el personal numérico suficiente para darsles término cuanto antes.

En cualquier caso, un embrollo más no debe de ser tan fácil de solucionar. Requiere utillaje y hombres, aparte de la atención lógica que una cosa así reclama en cuanto hay registro de ella.

No será únicamente en esa citada zona donde se haya hundido el pavimento, porque ya no es la primera vez que se informa de que igual hecho se ha producido en otros lugares del término. Pero como el hundimiento, como los miles de baches, siguen donde están y sin una rápida intervención arregladora, no está de más tomar nota de ello por si los municipios comisionados ignorasen las novedades que se dan en la ciudad.

El otro día fuimos por... Bueno; por casi todos y cualquier sitio de la ciudad que se vaya puede comprobarse que esto de los baches es un fenómeno de proliferación. La incógnita que el caso presenta consiste en señalar dónde son más hondos: si aquí, o allá...

Cuestión de difícil y concreta respuesta. Ciérrense los ojos, bájese un dedo apuntando hacia dónde se quiere, pero apuntando al pavimento, y se acertará.

¿O no?

ARISTARCO

* HECHOS Y FIGURAS *

Hay que matar 3.000 elefantes



Un poco rígido en su asiento, la cara medio oculta por el sombrero de fieltro, el viejo lleva una camisa kaki y unos «shorts» de muchos bolsillos, parecidos al que los ingleses han dejado como herencia en todos los lugares por donde han pasado, como aquí, en África del Sur.

Varias veces ha mirado hacia el suelo con los prismáticos, para comprobar los indicios: charcas desecadas, árboles abatidos, arrancados. En este lugar del parque nacional Kruger, inmensa reserva de 8.000 kilómetros cuadrados, la hierba es ahora escasa. Desde el helicóptero, percibe cada vez más monos, jirafas, búfalos anémicos, debilitados por la falta de agua y de alimentos.

Esta vez, Mr. Salt, uno de los guardas del parque, no abandona los prismáticos. Medio escondidos por la masa roja y parda de un bosquecillo, las manchas grises que el aire abrasado hace vacilar parece haberse movido realmente. Allí están los elefantes.

Imposible, tal vez un poco triste, se vuelve y coge un arma extraña, medio ballesta, medio fusil, y la carga con una flecha de 20 centímetros.

El helicóptero gira en torno al jefe del grupo, que está rodeado por las madres y los elefantitos. El señor Salt señala un animal, el helicóptero pica y Brynard apunta cuidadosamente al muslo de la pata anterior del elefante. Un minuto más tarde, el paquidermo vacila y se derrumba dormido por un soporífero que llevaba la punta de la flecha.

Toma el micrófono y señala la posición a un camión que sigue al helicóptero.

Don ayudantes bantúes pasan unas cuerdas en torno al ele-

fante, el chófer del camión hacía funcionar la grúa e iza sobre la plataforma la enorme masa dormida, que los negros miran con admiración y risa. A los bantúes les gusta la carne de elefante, pero el chófer no parece sentir ninguna satisfacción.

El camión se detiene en un lugar tranquilo. Los dos bantúes bajan y se aproximan a la cabeza del elefante dormido; con un cuchillo de dos metros de largo, le cortan el cuello; luego, lo descuartizan. Los trozos son cargados en el frigorífico del camión. La carne será vendida a los bantúes.

Al atardecer, el señor Salt y el chófer se reúnen sin alegría: habían consagrado su vida a proteger a los animales y se les pide que los maten. Tendrán que cumplir miles de misiones como aquella.

Hay demasiados elefantes en el parque: eran 5 en 1907, ahora son 7.701. Desde 1960, su número se dobla cada tres años. Desaparece la hierba, destruyen los árboles para comer unas hojas y perjudican a los animales que en ellos viven. Otras especies sufren por la falta de agua: los 1.550 estanques del parque ya no bastan.

Para salvar a los 4.000 hipopótamos, a los 2.000 impalas, a los 1.200 leones, a los búfalos, a las cebras, a los antílopes, a los leopardos, a las jirafas, a los monos, no había más que una solución: reducir el número de elefantes a 5.000 y mantenerlo así, protegiendo con ello a los propios elefantes.



O ESPELLO NA MAN

EL HIJO NATURAL

Por VICTORIA ARMESTO

HE oído contar una historia muy de nuestro tiempo. La protagonista es María Alicia, 21 años, una muchacha de la clase media madrileña, criada en el seno de un hogar piadoso, en un ambiente tradicional español.

Después de adquirir una formación superficial y un cierto barniz de cultura, María Alicia insistió en colocarse. No lo necesitaba y a su madre incluso no le pareció muy bien, pero María Alicia quería tener algo de dinero propio para vestirse mejor, para ir al cine, a las «Californias» y los bares de moda. Fue precisamente en uno de esos locales floreados de la calle de don Ramón de la Cruz, vulgarmente llamada «Moncho Street», donde conoció al joven que se convirtió en «su ligue».

El «ligue», según ahora se dice en Madrid, o el «novio», como se decía antes en toda España, era de una familia más rica y más brillante que la de María Alicia, tenía 26 años y seguía siendo estudiante de Derecho «por culpa de unas malditas asignaturas». Como el chico tenía un coche —un descapotable de sport— pronto se acostumbraron a salir los domingos, iban a la sierra, al Escorial, a Toledo. Una tía solterona frunció el ceño, pero la madre de María Alicia la obligaba a callar: «Son las costumbres de ahora, ¿no te das cuenta de que los jóvenes de hoy son mejores que los de antes...?»

A esto la tía solía responder: «El hombre es fuego, la mujer estopa. Viene el diablo y... sopla.»

«Calla, calla, que tú eres del siglo pasado, déjate de esas monsergas que hoy ya no se estilan. Si no fuera por estos «díos» de la Universidad, Fernandito y María Alicia estarían ya casados.»

Un día María Alicia le dijo a sus padres que estaba esperando un niño. Si un «Dvni» cae en la mitad del salón no se hubieran quedado más aterrados. Solo la tía solterona sonrió; con una sonrisita un poco amarga.

Cuando se rehicieron del choque la madre le dijo al marido: —Tienes que hablar con Fernandito, —No es necesario —terció María Alicia — ya he hablado yo. —¿Y qué? —casi no se atrevían ni a preguntarle. —Nada, que no nos casamos. —¿Y entonces el niño? —Será un hijo natural. María Alicia no intentó disimular el estado en que se hallaba. En cambio su madre

dejó de salir a la calle y se pasaba las tardes lloriqueando frente a la televisión.

También el padre acusó el golpe y, si no fuera porque con un solo ingreso tendrían que reducirse mucho, hubiera abandonado la oficina de las tardes.

Las primeras en advertir lo que pasaba fueron las compañeras de María Alicia en la oficina. Una de ellas le hizo una sugerencia al oído y la joven respondió indignada: «Qué crimen, jamás lo haría.» Otras le proponían: «Si ahora mismo, cuando apenas si se te nota, te vas a Inglaterra nadie sabrá nada y luego allí te adoptan al niño.»

«—No —contestó María Alicia— nunca me separaré de mi hijo.»

Llegó el momento en que tuvo que abandonar el trabajo. Fue a ver a su jefe y le dijo sencillamente lo que le ocurría. El jefe ya estaba al cabo de la calle, porque, entretanto, el estado de María Alicia era del dominio público. El jefe habló mal de Fernando, pero María Alicia no le permitió seguir: «Yo ya no pienso en lo que ha pasado, cuando el niño, o la niña, entre en el colegio, cuando ya no me necesite tanto, tendré que buscarme nuevamente un empleo, entonces si puedo volver aquí...»

En uno de los grandes hospitales de Madrid María Alicia dio a luz a un niño de tres kilos y medio. Las únicas flores que recibió fueron las enviadas por las antiguas compañeras de oficina. Al recibir las rosas y, por primera vez en nueve meses, la joven se echó a llorar.

No hizo secreto del nacimiento del niño. Todas las mañanas se paseaba llevando al bebé primero en un cochecito y después en una silla. Nunca volvió a ver a Fernando. Con el pretexto de que la Universidad de Madrid está como está, sus padres le mandaron a terminar la carrera a Canarias. María Alicia tuvo noticias de que allí tenía otra novia; la noticia no le dio ni frío ni calor.

pos se había mantenido un poco apartada de la Iglesia, pero oyó hablar del nuevo párroco en la nueva capilla de su barrio. Este nuevo párroco era de espíritu postconcliar. María Alicia fue a verle y salió reconciliada con su religión y consigo misma.

Al niño le impusieron el nombre de Estanislao de Koska. Le llamaban «Kiska». Al mirarle, la madre de María Alicia suspiraba: «Angelito, pobre criatura infeliz...».

«Mira, mamá —le dijo al fin María Alicia—, si sigues así cojo al niño y me voy de casa...» Era una amenaza fuera, ¿a dónde iba a ir la pobre chica? No obstante, surtió efecto.

Poco a poco el niño comenzó a alegrar la casa. Los padres de María Alicia siempre habían deseado tener un niño varón. Mirando al niño, al abuelo se le caía la baba. La tía solterona le adoraba. Realmente el pequeño «Koska» era una preciosidad.

—0—

María Alicia llevaba ya dos años marginada de su antiguo mundo. Cuando, al fin, volvió a los sitios que antes frecuentaba, advirtió que sus amigas tenían ya «ligue» formal o estaban ya casadas, por otra parte la existencia de «Koska» complicaba su vida; por él se sentía más responsable y madura.

Tuvo que hacer nuevas amistades. Sus amigas eran, por lo regular, mujeres ya mayores y solitarias. Una de ellas, dueña de un apartamento en Torremolinos, le invitó en el pasado verano. María Alicia se resistía por no dejar a «Koska»; pero, al fin, pensó que unos días de vacaciones y de playa le sentarían muy bien.

En la playa conoció al doctor A. F., que envidió hace dos años, su mujer pereció en un accidente de automóvil. A la pobre señora, a una tía y al chófer les arrolló un camión en la carretera de Valencia. El doctor A. F. le dijo a María Alicia que tenía dos hijos, uno de 15 y otro de 16 años.

—Yo también tengo un niño de 2 años —le dijo María Alicia.

—Ah, entonces estás casada... —No —contestó ella enrojeciendo ligeramente—, es un hijo natural. El padre, sabes, era mi prometido y yo creí que me iba a casar con él.

El doctor A. F. no dijo nada, y siguió tomando el sol.

—0—

Ayer he sabido que María Alicia acaba de casarse con el doctor A. F. y que este famoso médico ha reconocido como hijo al pequeño «Koska».